

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXV

Junio de 1948

Núm. 276

Puntos de vista

El Premio Nacional

EL Premio Nacional de Literatura se ha transformado en una Institución consagratoria, no sólo apasionante para los escritores que se sienten dignos de la recompensa, sino, también, para la gente profana a la literatura, que ha estimado la actividad artística como algo difuso y a sus cultores como elementos al margen de las tareas productivas del país.

Desde su instauración, el Premio Nacional de Literatura ha recaído en siete escritores, prosistas y poetas de vasta labor en Chile y en el extranjero. Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Samuel A. Lillo y ahora, Angel Cruchaga Santa María, constituyen, pues, los inmortales de nuestra relativa gloria literaria, sustentada en un país de inmenso territorio y pocos habitantes, entre los cuales quienes leen o se interesan de modo real y legítimo por la cultura, no pasan de tres centenas. Calculando con optimismo.

Es un hecho sintomático y casi es obvio señalarlo, una vez más, porque se ha insistido en él hasta la saciedad, que Gabriela Mistral, laureada con el Premio Nobel de Literatura, no haya parecido a nuestros jurados criollos merecedora de la recompensa local. Asimismo, que los escritores ausentes de Chile durante la víspera del otorgamiento glorioso, no han figurado ni siquiera como remotos postulantes, a pesar de sus indiscutibles merecimientos. Confirma el hecho, nuestro localismo y nuestro centralismo dentro

del país que habitamos, que, por cierto, resalta en la actividad más diferenciada como es el arte y la literatura.

No obstante, «Juana Lucero» y «Pasión y Muerte del Cura Deusto» de Augusto D'Halmar; «El Chileno en Madrid» de Joaquín Edwards Bello; «Cuna de Cóndores» y «Zurzulita» de Mariano Latorre; «Un perdido» de Eduardo Barrios; la poesía lírica juvenil de don Samuel A. Lillo; «Job» y «Afán del Corazón» de Angel Cruchaga Santa María, situarían, con mérito artístico, en cualquier país del mundo y lo que debe lamentarse son, en verdad, las postergaciones inevitables.

Por ejemplo, si echamos una mirada a los más valiosos poetas chilenos que están vivos hasta la inminencia de este último premio y cuya obra, sólida, reducida o vasta, los situaba como dignos aspirantes al Premio Nacional de Literatura, debemos mencionar sin reservas a Max Jara, Pablo de Rokha y Pedro Prado. El premio, si se trataba de recompensar a un poeta, lo mereció, Angel Cruchaga Santa María, cuya labor poética mística, de un simbolismo religioso más directo que el de Gabriela Mistral, se vinculó, con oportunidad, al modernismo lírico post-Rubén Darío, actuando junto con Pablo Neruda, como un elemento renovador de las formas poéticas chilenas. Angel Cruchaga Santa María es un delicado poeta y el premio recaído en él, sólo deja en la antesala a otros grandes y medulares poetas que, representando tendencias distintas, completan la cima poética de Chile, país lírico por excelencia, según autorizados comentaristas.

En lo que concierne a la prosa, el asunto no es muy diverso, en especial si recordamos a prosistas tan vigorosos y vernáculos, inconfundiblemente chilenos, como Fernando Santiván y Luis Durand que hasta la fecha no han recibido el Premio Nacional de Literatura y cuyas obras «La Hechizada», «Charca en la Selva», «El primer hijo», «Campesinos», «Tierra de Pellines» y «Mercedes Urizar», respectivamente, los hacen merecedores de él, en forma sobrada.

Sucede, en verdad, que en géneros diferenciados con tanta hon-

dura, como son la poesía y la prosa, la balanza se inclina con esa manera objetiva que tienen los veredictos y es imposible evitar las postergaciones notables. Pero, además, la composición de los jurados aglutina partidarios y adversarios que niegan o exaltan valores sin medida, acallando méritos auténticos o exagerando cualidades relativas. Sin olvidar, es claro, a los elementos que penetran y hasta determinan la tramitación de estos premios, sin otras aptitudes que sus inclinaciones sentimentales.

De ahí que, apreciando la importancia de nuestro Premio Nacional de Literatura y la necesidad de que su fundación y monto se afiancen y aumenten, propiciemos la idea de que sus jurados los integren críticos literarios especializados, más distantes a la influencia de los snobs y amanuenses que los simples escritores o funcionarios y que, al otorgarse los premios, se efectúen verdaderos estudios estéticos sobre la valía de los postulantes, sin rechazar con antipatía, exaltar con vehemencia, ni transformarse en zona de influencia, asequible a la política literaria o partidista.